

que á Bustamante y sus hombres,
y á mí, que fui su instrumento,
nos perdone compasivo
y nos absuelva en su reino
del crimen que cometimos
con el general Guerrero.

Soy Francisco Picaluga.....

—Picaluga !i

—Humilde siervo

de Dios, á quien lo devora
un tenaz remordimiento.

Sin decir una palabra
y de admiración suspenso
el viajero conmovido
salió del triste convento
y después de algunos años
al referir el suceso
temblaba cual si estuviera
junto al traidor marinero.

Marzo de 1891.

NI EL NOMBRE NI EL OFICIO ⁽¹⁾

¡ Cuentan crónicas añejas
En nuestra tiempo olvidadas,
Que allá en un pueblo escordido
De la sierra queretana
Vivió un español anciano,
Cuyos años delataban
En la frente las arrugas
Y en la cabeza las canas.

Era de carnes enjuto,
De penetrante mirada,
De generosas acciones
Y de muy pocas palabras.
Icansable en el trabajo,
Madrugaba con el alba,
Y era en su vestir humilde
Y en discreción una estatua.

Por apodo "el ermitaño";
En la sierra le llamaban

1. El argumento de este romance corría de boca en boca hace algunos años. - No hace fe histórica, pero hay quien asegure su veracidad y entre ellos, habló conmigo un ayudante del General Mejía, el Coro nel Tinajero, quien me dijo que conoció y trató á D. Darío Bissarda, y supo por confidencias de Mejía quién había sido ese personaje y qué rango ocupó antes de radicarse en la Sierra—J. de D. P.

Y era su oficio el comercio
De semillas y de mantas.

Eran su sola familia
Los criados de su casa,
Y solo por el acento
Revelava ser de España,
Que nunca dijo su origen
Ni á nadie habló de su patria.
Tuvo un amigo, uno solo,
A quien cual hijo trataba
Siendo diferente en años
En ejercicio y en raza,
Pues era un soldado joven
De tez cobriza y tostada,
Indígena de la sierra,
Y tan dado á las batallas,
Que del año algunos meses
Pasaba siempre en campaña.
El anciano comerciante
Llamóse *Dario Bissarda*,
Y el joven *Tomás Mejía*
Que bien conoce la fama.

Cuentan que al entrar la noche.
Los dos amigos hablaban
De las cosas de la guerra,
De la estrategia y la táctica.
El joven indio atendía
Del anciano las palabras,
Y escuchándolo sumiso
Fijaba en él sus miradas
Como diciendo: "este viejo
Sabe manejar las armas.
En cada vez que aqnel joven
Iba á salir á campaña,
Sus más recatados planes.

Al anciano revelaba;
Y triunfante ó derrotado,
En fortuna ó en desgracia,
Era el primero á quien siempre
A su regreso buscaba.
Por fin enfermose el viejo,
Y escribió desde su cama
A su cariñoso amigo
Para encomiendas sagradas.
Don Tomás estaba ausente,
Pero al recibir la carta
Buscó su mejor caballo,
Cruzó llanos y montañas,
Y prontó estuvo en el sitio
A do le llamo Bissarda
Este con la voz muy débil
Le dijo en pocas palabras:
—Ochenta años he cumplido.
Es tiempo de que me vaya,
Y aquí sobre el lecho espero
El tercer toque de marcha.
En este pliego cerrado,
Que usted abrirá mañana,
Están mis disposiciones
Últimas, testamentarias;
Soló á usted, joven amigo
Le doy lá misión sagrada
De cumplir las en la tierra
Y pedir á Dios por mi ánima.—

Murió el anciano esa tarde
Y fué su muerte llorada
Por los humildes y rudos
Hijos de aquellas montañas.
Abrió Don Tomás Mejía
El pliego que le entregara,

Y cuentan los que lo que lo saben
Que se encontró estas palabras:

—Yo, que he tenido en la Sierra
Por nombre *Dario Bissarda*,
Con más de cuatro mil hombres
Arribé á la Nueva España
El año de veintinueve
A rendirla con mis armas.

Derrotáronme en Tampico
Mier y Terán y Santa-Ana,
Les entregé mis banderas,
Que jamás tuvieron mancha,
Y regresé con mis tropas
Desarmadas á la Habana.

Al regresar á mi tierra,
Donde me formaron causa,
Calificaron de crimen
Lo que sólo fué desgracia;
Y ofendido de tal juicio,
Dejé para siempre á España,
Y á vivir vine ignorado
Sin nombre, pompas ni galas,
En los escondidos pueblos
Que escudan estas montañas.

Ruego á Don Tomás Mejía,
Mi amigo de confianza,
Dé cuando tengo á los pobres
Y á Dios encomiende mi ánima.
Ni mi oficio es comerciante
Ni mi apellido es Bissarda:
Fulbrigadier, y mi nombre
Ha sido «*Isidro Barradas*.»—

LA PIERNA DE SU ALTEZA

La frente llena de arrugas
Y la cabeza de canas,
Extinguido en las pupilas
El brillo de la mirada;
Enfermo, abatido, pobre,
Perdida su antigua fama,
Después de largo destierro
Y de infinitas desgracias,
A México sin honores
Volvió el general Santa-Ana.

Todo lo mudan los tiempos,
Los hombres todo lo cambian,
Y lo que eterno parece
Es lo que rápido pasa.
Aquel soldado animoso
Que frente al poder de Iguala
Levantóse tremolando
La enseña republicana;
Aquel guerrero indomable
A quien la nación premió
Cuando derrotó en Tampico
A los soldados de España;
Aquel valiente temible
Que en Veracruz humillara
A Jucutli y sus soldados,

Dando una lección a Francia;
 Aquel león altanero,
 Vencedor en las batallas,
 Que gastó lujos y pompas
 De poderoso monarca,
 Que como á rey le veían
 Y "Su Alteza" le llamaban,
 Y era un sol en el gobierno,
 En la Historia y en la fama;
 Que siempre pisó laureles
 Y oyó aplausos y dianas,
 Porque tuvo entre sus manos
 Los destinos de la patria:
 Después de vivir proscrito,
 En una isla solitaria
 Viendo transcurrir los años
 Con decepciones amargas,
 Recibiendo en vez de honores
 Ingratitudes humanas,
 Pidió volver á esta tierra,
 Vivir en su antigua casa,
 Y dormir su postrer sueño
 Sobre tierra mexicana.
 A la sazón presidente
 Era Lerdo de Tejada,
 Y pronto otorgó el permiso
 Que el héroe solici'aba.

No del Nacional Palacio
 En las opulentas salas,
 Sino en una casa humilde
 De la calle de Vergara,
 El vencedor de Tampico
 De esta manera les habla
 A dos antiguos amigos
 Que en su olvido le acompañan:
 — Asaltaron los franceses

La tierra veracruzana;
 Yo recibí la noticia
 Medio dormido en mi cama,
 Porque llegaron de noche
 Y sin producir alarma.
 Busco rápido mi ropa,
 Me lanzo para la plaza,
 Y encuentro á dos oficiales
 Que de muerte me amenazan
 Preguntandome rabiosos:
 ¿En donde duerme Santa-Anna?
 "Arriba está" les respondo;
 Me dejan la puerta franca,
 Y mientras suben y encuentran,
 A Arista que allí quedaba,
 Me dirijo á los cuarteles,
 Digo á todos lo que pasa,
 Y ya con mis tropas listas
 Doy principio á la batalla.
 Caro me costó aquel triunfo;
 Pues me arrebató una bala,
 Con peligro de la vida,
 Esta pierna que me falta.
 Premiáronme esa victoria
 Dando como tumba santa
 A los restos de esta pierna,
 Noblemente mutilada,
 Un monumento que estuvo
 Mucho tiempo en Santa Paula;
 Más como todo se olvida
 Y todo en el mundo pasa,
 Cuando en desgracia me vieron
 Los que un tiempo me adularan,
 Aprovechando el desorden
 De la primera asonada,
 Azuzaron á la plebe
 Que lo más santo profana

Y que se mueve al impulso
De quien la adula ó la paga,
Y derribó el monumen'o
Y arrastró ciega de rabia
Mis huesos, gritando: "muera
El zanca'rón de Santa-Ana.
Ya veís, señores, que el mundo
Así premia las hazañas.
No voy completo á la tumba,
Pues la pierna que me falta,
Yacerá en un basurero
De mil modos profanada,
Cuando hace ya tantos años
Que la perdí por la Patria.—

Al punto que aquel anciano
Dijo estas tristes palabras,
Nueva visita anuncióles
El toque de una campana.
Era un hombre pobre y rudo,
Como el cabello y la barba,
El que en aquellos instantes
Los corredores pisaba.
Con uniforme de inválido
Y conduciendo una caja,
Logró que le permitieran
Penetrar hasta la sala,
Y al ver á su antiguo jefe,
Con ojos llenos de lágrimas
Dijo así con un acento
Que penetraba has'a el alma:

—Mi general, yo he servido
Con usted mucho á mi patria;
Fuí su asistente en Tampico
Cuando derrotó á Barradas,
Luego en Veracruz estuve

Fuí á Palo Alto y la Resaca,
Y herido en el brazo izquierdo
En la guerra americana.
Hoy ya inválido me tienen
Haciendo en el Monte guardia;
Cuando usted ya estaba ausente,
Y fué su pierna arrastrada,
La recogí con cariño,
La fuí esconder á mi casa,
Y esperando su regreso
La conservé en esta caja.
Ya llevo más de veinte años
De tenérsela guardada,
Queriendo en sus propias manos
Venir yo mismo á entregarla,
No por ganar recompensa
Pues no quiero ni las gracias;
Yo sé bien lo que usted hizo
En defensa de la patria;
Y ningún viejo soldado
En las épocas pasadas,
Se avergüenza ni se olvida
De su general Santa-Ana.
Reciba usted estos huesos
Que profanó la chinsca,
Y que su viejo asistente
Guardó cual reliquia santa.—
Levantóse Don Antonio,
Y en sus ojos sin mirada
Brillarón con luz muy viva,
No las pupilas, las lágrimas,
Y con voz trémula y ronca
Comprimida en la garganta:
—Ven á mis brazos—le dijo—
Nada soy, ni valgo nada.
No te voy á dar dinero
Ni voy á ceñirte banda,

Pero de tu acción en premio
 En vez de cruz ó medalla,
 Quiere poner en tu frente
 Su último beso Santa-Ana,
 Que sólo así premiar puede
 A la lealtad la de gracia.—
 Y cuentan los que lo vieron,
 Que aquella escena sagrada
 Fué un bálsamo que dió vida,
 Fortaleza y esperanza,
 Al creador de la República,
 Al noble hijo de Jalapa,
 A quien sorprendió la muerte
 Pobre sin pompas ni galas,
 Y hoy el Tepeyac lo abriga
 En una tumba olvidada,
 Frente á la cual, los testigos
 De antiguos hechos exclaman:
 Todo lo mudan los tiempos,
 Los hombres todo lo cambian,
 Y lo que eterno parece
 Es lo que rápido pisa.

RECUERDOS DE UN VETERANO

Monólogo para el beneficio del distinguido actor

Leopoldo Burón

Personaje: DON JOSÉ (de 80 años.)

El teatro representa la habitación de un viejo militar, modesta y reducida. Una mesa con papeles, planos, libros, álbum de retratos, una corneta, un machete suriano, una condecoración y una bandera mexicana, pequeña y enrollada. Es de noche Don José viste un traje de antiguo soldado, con redingote gris, ó azul obscuro, botones dorados y una gorra de cuartel.

¡Noche de invierno! Es verdad;
 Sopla afuera el cierzo impío;
 Algo hay más negro y más frío:
 ¡Mi espanto a soledad!

Nunca como en esta vez
 Me sentí más abatido;
 De los mares del olvido
 Es un puerto la vejez.

¡Ochenta años! qué de engaños,
 De luchas, de desventuras,
 De lágrimas y amarguras,
 Caben en tan largos años!

Nací antes del siglo; fué
 Mi padre un labriego honrado,
 Qué, ignorante é ignorado,
 Vivió en brazos de la fe.

Hizo el bien, ignoró el mal,
Y su música más sana
Fué la voz de la campana
De su parroquia natal.

Sin deudas ni sin abores
Dejó el mundo el mismo día
Que con Hidalgo nacía
La Independencia en Dolores.

Mi edad, de glorias avara,
Vió en esa causa una aurora:
Pasó Hidalgo por Zamora
Con rumbo á Guadalajara.

Yo, con doce primaveras,
Fui á presentármele ufano:
—¿Quieres, me dijo el anciano,
Ser un soldado de verás?

Si no puedes, chiquitín,
Con arcabuz ni escopeta!
—Señor, dadme una corneta,
Comenzaré de clarín.—

¡Oh recuerdo, que seduces!
Fui su clarín, ¿qué más gloria?
¡Yo di el toque de victoria
Sobre el Monte de las Cruces!

Yo, en mi hermosa juventud,
Vi aquella cabeza cana
Fulgurar en la mañana
Que abolió la esclavitud;

Yo anuncié la dispersión
Que tristes memorias deja,
Cuando nos tomó Calleja
El puente de Calderón;

Y después que por malditas
Rencillas lo traicionaron,
Yo ví cómo se llevaron
Su cabeza á Granaditas!

Entre penurias y dulces
Que venció mi ardiente fe,
Seis meses después logré
Incorporarme á Morelos!

¡Nadie á este genio conoce!
¡Era de la guerra el rayo!
Dígalo aquel dos de Mayo
De mil ochocientos doce;

En que con heróico pecho,
Al despuntar la mañana,
Seguido de Galeana,
Que fué su brazo derecho,

En Cuautla, con férrea mano,
Rompí, sin temer reverses,
El sitio que por tres meses
Sostuvo á Calleja y Llano.

Aquel esfuerzo viril
Hace ¡oh mund! que te asombres:
Con Morelos tres mil hombres
Vencimos á doce mil!

Lleva el indomable Aquiles
A Huajuápam sus legiones:
Toma catorce cañones
Y mil doscientos fusiles.

Después Tehuacán ataca,
Y, nunca de aliento falto,
Como un león, por asalto
Se apodera de Oaxaca.

¡Semidiós de nuestra historia!
Firme le seguí hasta el fin,
Pues con él fué mi clarín
El clarín de la victoria.

(Saca un clarín)

Aquí estás viejo instrumento,
¿Quién al verte te respeta?
Dirán: "es una corneta"
¡Miente! ¡es un monumento!

Contigo siempre fui en pos
De los héroes de la guerra:
¡Los héroes son en la tierra
Los elegidos de Dios!

Tus breves toques sonoros
Anunciando fuego ó diana,
Oyeron Bravo, Galeana,
Sesma, Mier y Matamoros!

Cuando á sargento ascendí,
Pude haberte abandonado;
Pero al mirar tu pasado
No te entregué, te escondí!

Reliquia de mi existencia,
Todos tus toques benditos
Se apagaban á los gritos
De "¡muerte ó independencia!"

Te guardé... después los cielos
Su protección nos negaron,
Y de rubor se nublaron
Viendo morir á Morelos.

Mató el gobierno español
A aquel atleta entre atletas,
Quedaron varios planetas,
Pero les faltaba el sol!

Joven, patriota y entero,
Seguir quise la campaña
Y fui al Sur, á la montaña,
Con el General Guerrero.

En las Mixtecas con él
Burlamos la adversa suerte...
¡Qué valeroso y qué fuerte
Era el urgente aquél!

Debajo de la ceniza
Que mi cabeza emblanquece,
Lo busco y se me aparece:
Pelo crespo, tez coñriza,

Ojos negros y profundos,
Gran talla, frente serena;
Su afán: romper la cadena
Que ligaba los dos mundos.

Fué el firme entré los soldados;
Todos desmayado habían;
Con Calleja unos morían,
Otros iban desterrados.

Sólo Guerrero en su ley,
Con su esfuerzo inquebrantable,
L'egó á ser el indomable
Que diera espanto al Virrey.

Nada torció sus anhelos,
Que aquel corazón de bronce
Desde el ochocientos once
Entró á servir con Morelos.

Después sólo, en las montañas,
Tenáz la causa sostuvo,
Y veinte triunfos obtuvo
En ve'n'e heróicas campañas.

En todas ellas vació;
 Recordar'as me conmueve,
 Desde el once al diez y nueve,
 A todas asistí yo.

(Saca un machete suriano).

Aquí está; su augusta mano
 Me dió en Cuautla este machete.
 Diciendo: "Sargento, vete
 Por la cabeza de Llano."

Veloz como un huracán,
 En mil lances renombrados,
 Temblar hizo á los soldados
 De Luaces y de Liñán.

Entre nosotros ninguno
 Dejó jamás á Guerrero:
 Vino al fin el diez de Enero
 Del ochocientos veiatino!

Fecha que el triunfo decide;
 A Acatepam no. llevó,
 Donde á Guerrero esperó
 Donde Agustín de Iturbide.

No es mi memoria tan mala
 Y vivo guarda el recuerdo,
 Pusieronse ambos de acuerdo
 Y se fraguó el plan de Iguala.

Publicado al mes siguiente,
 A Valladolid rendimos,
 Luego á Querétaro, y fuimos
 A Puebla directamente.

Renace aquí todavía
 La emoción Santa y sincera,
 Que tuve al ver la bandera
 De la amada patria mía.

No se borra la impresión;
 Nunca sentí más respeto
 Que al escuchar el decreto
 Que dió vida al pabellón.

¡Qué angustos! ¡qué hermosos días!
 Con qué fe nos aclamaban!
 Con cuánto amor nos llamaban:
 "Los de las tres garantías!"

El verde: la religión;
 (Fué primero la concie cia)
 El blanco: la independencia;
 Y el encarrado: la unión.

Y, por símbolo inmortal,
 Erguida el águila indiana
 Desgarran to soberana
 La serpiente en un nopa'.

Nunca, lo digo en verdad,
 He visto más alegría
 Ni más llanto que en el día
 Que entramos á esta ciudad.

Ni pormenores, ni nombres
 Recuerdo, y es natural;
 En'ramos en són triunfal
 Como diez y seis mil hombres;

Trescientos años después
 De que, asombrando estos valles,
 Entaron por nuestras calles
 Las tropas de Hernán Cortés.

Iturbide por delante
 Resplandeciente de brillo,
 Sobre un caballo tordillo,
 Nervudo, altivo y pujante.

"Vencedor, hijo del cielo,
Gritaban, ¡viva la paz!"
Regando al mirar su faz
De frescos laureos el suelo.

Todos con gozo atronaban
De amor la ciudad entera,
Y al mirar nuestra bandera
Las gentes se arrodilaban.

Bajo toldos de pendones
Verde, blanco y escarlata,
Con las vajillas de plata
Reluciendo en los balcones;

Con arcos de armiño y tul
En conjunto hermoso y raro,
El sol estando muy claro
Y el espacio muy azul;

Al sonoro retumbar
De la hermosa artillería,
Y á los gritos de alegría
Lanzados en cada hogar;

Las madres con santo amor
Y entre dulces regocijos
Acercaban á sus hijos
Al pabellón tricolor.

Tras Iturbide, marciales,
Séquitos altivos y hermosos,
Íban en grupo vistoso
Nuestros viejos generales.

¡Qué vanguardia tan brillante!
Tras ella airoso marchaba
Todo lo que se llamaba
Ejército trigarante.

Atronaban el espacio
Gritos de entusiasmo fieles;
Fué un camino de laureles
Hasta llegar á Palacio.

Allí Iturbide quedó,
Y á varios nos repartieron.
Un recuerdo... el que me dieron,
Intacto lo guardo yo.

Es un recuerdo sin par
Que duplica su valía
Haberlo obtenido el día
Que nadie podrá olvidar.

Una pequeña bandera:
Aquí está... ¡prenda benévola!
Entre tus pliegues palpita
¡Oh Patria!... tu historia entera.

Me la dió el Libertador
Cuando en su afán tuve fe....
De él contigo me alejé
Cuando se hizo Emperador.

No guardo rencor ni encono,
¡Bien sabe el Omnipotente
Que ni tú ni éste insurgente
Saludaron aquel trono!

Santa insignia mexicana;
¡Con qué afán te saqué yo
La vez en que proclamó
La República Santa-Ana!

¡Cómo, en tradiciones ricas,
Por los años consagrada,
Surgiste cuando á Barradas
Derrotamos en Tampico....!

¡Cómo viste á sus soldados,
Al mandato de San'a-Ana
Volverse para la Habana
Vencidos y desarmados!

¡Cómo te bañaste en luz,
Cuando expuesto á mil reveses,
S n'a-Ana echó á los franceses
Del puerto de Veracruz....!

Y ¡cómo limpio has venido
Sin dejarme ni un momento,
Para ser el ornamento
De los años que he vivido!

.....

¡Qué fría es la ancianidad!
Bajo el sol de la razón,
Se ve desde un panteón
A toda la humanidad!

¿Todo ha sido lumbre fátua?
¿Todo es ficción? ¿Nada es cierto?
Dudo á veces si ya he muerto,
Y estoy viviendo en estatua.

Se hielan los pensamientos
De la experiencia á la luz....

.....

Aquí.... ¿qué brilla?.... mi cruz.
(la toma y lee el anverso).

"Treinta contra cuatrocientos."

Acción memorable, sí,
En que fuimos campeones,
Con Meoti, treinta dragones,
De "fieles del Potosí."

Han muerto ya, con razón;
Sólo á mí Dios me sostiene,
Soy ya el único que tiene
Esta condecoración.

.....

(Abre el álbum de retratos).

¡Oh alevé destino impío!
Para mí, duro é ingrato!
Tiemblo al ver este retrato:
¡Pobre Luís! ¡pobre hijo mío!

Perdió á la madre al nacer,
Y quedó sólo conmigo,
Tuvo el vivac por abrigo,
La bandera por mujer;

El rancho por alimento,
Y por arrullos amados,
Los cantos de los soldados
En medio del campamento.

Sus más gratas diversiones
En sus primeros abriles,
Se las dieron los fusiles,
Los sables y los cañones.

Creció soldado sin par,
Y ya joven y valiente,
Habiendo sido Teniente
Del Colegio Militar,

A la Angostura marchó
Contra la invasión tirana,
Y una bala americana
La vida le arrebató....

Años hace, y todavía
De luto es'á mi alma enterro;

Si Dios ocasión me diera
Con qué amor lo vengaría.

Bandera de tres colores,
Por el mexicano amada;
Santa bandera soñada
Por el cura de Dolores;

Bandera, que has tremolado
Desde el año veintiuno,
Sin que ninguno, ninguno
Te haya abatido ó manchado;

Mi Luís voló en pos de ti,
Pues eras su fe, su egida,
Y por tí perdió una vida
Que yo á tu sombra le di.

Murió soldado leal;
De otra suerte si viviera,
Vamos.....lo sé bien....ya fuera
Un bizarro General.....

Murió cubierto de gloria,
Y hoy lo miro solamente
Pasar lista de presente
En el cuartel de la historia.

¡Hijo! mi abatido ser
Toca el dintel de la muerte;
Pronto, muy pronto he de verte;
Lloro por volverte á ver.

Eras mi sola fortuna,
Eras mi sola alegría,
Moriste, y desde aquel día
No tengo dicha ninguna,

Mis potencias se aminoran
Te lloro constantemente
Vamos, José....sé valiente:
Los insurgentes no lloran....!

Cuando el alma duele tanto,
La pena á los ojos sube,
Busca espacio. forma nube,
Se deshace y llueve llanto.

Si en otra nueva invasión
Nuestros hogares asaltan,
Las fuerzas que aquí me faltan,
Las tengo en el corazón.

Tiemblo, mas no retrocedo,
Y á defender el honor,
Tengo brazos sin vigor,
Pero corazón sin miedo.

¡Cuándo heróico amigo ausente!
Guerrero, Hidalgo, Morelos:
Si vivís allá en los cielos,
Velad por este insurgente.

Por el que todo perdió,
Y pronto á morir en calma,
Adora con toda el alma
El suelo donde nació

Por este suelo velad,
Y en él vuestros ojos fijes,
Mantened sobre sus hijos
El sol de la Libertad...!

Que el mar se lo trague fiero
Y sus montañas allane
Antes de que lo profane
La planta del extrajero.

Por salvar su honor y prez
 Me siento joven y fuerte,

 Pero sí ya soy la muerte.....
 Nada puede la vejez.....

Ya mis delirios son vanos,
 E inútiles mis arrojos,
 Ya no tienen luz los ojos,
 Ni fortaleza las manos

Otros nacieron mejores,
 Y ellos lucharán mejor....
 Tú serás mi último amor,
 Bandera de tres colores.

Te consagré mi existir
 Regó mi sangre tu a'fonbra,
 Y hoy sólo anhelo tu sombra
 ¡Tu sombra para morir!

Y que el mundo pueda ver
 Que alumbra con tus reflejos
 Las tumbas de aquellos viejos
 Que te salvaron ayer.

¡Mundo! las dichas que das
 El llanto al fin las resuelve:
 El sol que se ausenta vuelve;
 La vida que huye, jamás.

Pero mi gloria mayor
 Será ver cuando me muera,
 Libre, respetada, entera,
 Mi bandera tricolor.

EN CHURUBUSCO

Para honrar á los héroes que murieron
 En medio del fragor de la batalla,
 Dadme la voz de las azules ondas
 Que del indiano mar las costas bañan.

Desde el león espanto de la selva,
 Hasta las cumbres en que duerme el águila,
 Del cielo al mar y del hogar al nido,
 En la alcoba lo mismo que en la rama,
 La madre llora por el hijo tierno
 Que la implacable muerte le arrebató.

Se enluta el nido cuando el ave muere,
 Al arrancar la perla cruje el nácar
 Y cruje cuando el hierro abre la veta
 El abrupto peñón en la montaña.

Desde el espacio azul al hondo abismo
 Que la tiniebla pavorosa guarda,
 Todo en amor palpita y todo sufre,
 Todo ante el paso de la muerte ca'la.
 Estas praderas que con rayos de oro

El sol de Agosto fecundante baña,
Donde el silvestre cardo erizas hojas
Con blancas flores adornando esmalta;

Estos campos que viste primavera
Con sus ricos tapices de esmeralda,
Fueron en tiempo de invasion injusta
Ensangrentados campos de batalla.

En ellos como altivos gladiadores
Que al ancho estadio con su arrojado pasman,
Lucharon desde el niño hasta el anciano
Con fe de Atenas y valor de Esparta.

¡Diganlo aquellos muros carcomidos
Que ya el desierto monasterio guardan
Y en cuyos tristes largos corredores
Las sombras cruzan de Rincón y Anaya!

Diganlo á todos con idioma augusto
Las negras bocas de arcos y ventanas,
Por las cuales sembrando luto y muerte
Entró la lluvia de extranjeras balas.

Nunca llaméis derrota al heroísmo,
La luz no sirve si los ojos faltan,
Y aquí sólo llegaron los extraños
Cuando faltó la pólvora en las armas.

Tendió la noche sus heladas sombras
Y sobre el ancho campo de batalla,
Fúnebres asomaron las estrellas
Brillando en el espacio como lágrimas.

Sabemos ya los nombres de los héroes,
Sus nobles hechos nuestra historia guarda
Y su grandioso ejemplo imitaremos
Si nuestro suelo el invasor profana.

No llanto femenino sobre sus tumbas
Los ojos melancólicos derraman,
Laurel y encinas cubrirán las losas
Que tantos restos en silencio guardan.

Los que vivis aún desde aquel tiempo,
Alzad las frentes sin rubor ni mancha,

Cual los sabinos del sagrado bosque
Que al cielo elevan sus brillantes ramas.

Llevadnos á jurar sobre las fosas
De los mártires mil de esa jornada,
Llevadnos á jurar con noble aliento,
Que la bandera hermosa y sacrosanta

Que el pueblo esclavo presintió en Dolores
Y el pueblo libre tremoló en Iguala;
Esa bandera con que pudo altivo
Proclamar la República Santa Ana,
Con la que en Veracruz venció á los galos
Y allá en Tampico derrotó á Barradas;

La bandera preciosa con que Juárez
Salvó la independencia mexicana,
La gloriosa bandera que dá sombra
A tantas glorias de la edad pasada;
Llevadnos á jurar que será siempre
Grande, feliz, espléndida, sin mancha,
Lo mismo ante los pueblos de la Europa
Que ante la gran familia americana:

Siendo ese juramento en este instante
La oración á los muertos por la patria.

20 de Agosto de 1901.

Los fueros del valor.

A LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DUQUESA DE PRIM.

Bajo los cándentes rayos
del rojo sol de la costa,
sobre secos arenales
cuyos vapores sofocan;
en donde el viento no cruza
ni la nube bienhechora
sobre el agotado suelo
arrastra indecisa sombra;
huyendo de la epidemia
que en Veracruz diezma y corta
de franceses y españoles
á las aguerridas tropas,
vienen ambas caminando
hacia la falda escabrosa
de Acultzingo, por convenio
de los jefes de una y otras,
á quienes dá su permiso
el Gobierno, de que pongan
sus cuarteles en las plazas
que clima benigno gozan.

Mas tal convenio que hoy día

de la *Soledad* se nombra,
no le fué comunicado
á un Jefe que en tales horas
el camino custodiaba
con una fuerza muy corta.

No más de doscientos hombres
aunque resueltos, la formán,
y órdenes tiene severas
de impedir á toda costa
el paso, por aquel punto
de las fuersas invasoras.

Al ver venir á lo lejos
con marcialidad y pompa,
las legiones franco-iberas,
y que sin recelo tomar
del camino de las cumbres
la carretera más próxima,
dispone luego á su gente
que las armas tiene prontas
y se planta en són de guerra
donde más el paso estorba.

Al divisar los que llegan
tan extraña maniobra
á su General en Jefe
dan parte de que se notan
preparativos de ataque
lo cual á todos asombra.

Era PRIM el que mandaba
el ejército, y de boca
de sus soldados sabiendo
novedad tan sospechosa,
adelanta un emisario
que blanca bandera porta,
para preguntar al Jefe
la razón, pues que la ignora,
que tiene para oponerse
á la marcha de sus tropas.